

Lampedusa country

Por DIEGO PÉREZ ORDÓÑEZ

En muchos sentidos, Palermo resulta una ciudad binaria. En sus apretadas, bulliciosas y antiguas calles se dan la mano, con la mayor naturalidad y como si nada extraordinario sucediera, la pobreza más punzante y la suntuosidad histórica más resplandeciente. Si en una esquina puede yacer por días y días, arrumado y sin apuro de ser recogido, un hediondo montón de basura, en la siguiente cuadra se presenta a la vista, rutilante y añejo, el cinematográfico *palazzo* Gangi, a caballo entre lo renacentista y lo barroco, su frente en distintos tonos de café-arena. Coexisten, del mismo modo, varios de los tesoros más importantes de la humanidad —como la *Cappella Palatina*, el teatro Massimo (en su momento, el más grande escenario de

ópera de Europa) o la catedral de 1185— con macizos y grises bloques de vivienda masiva, construidos o por lo menos financiados por la célebre mafia de la isla, con objetivos clientelares y de lavado de dinero. Ciertamente, este lugar milenario es un sitio de convivencias entre los extremos; el lugar de lo asombroso.

Palermo no es una ciudad para todos los visitantes ni para todos los gustos, y sin duda no apta para aquellos que se mosqueen en un lugar de discordancias, de luces y sombras. Palermo, del mismo modo, conserva el esplendor de las ruinas, el relumbrón a pesar del desmoronamiento: buena parte de la ciudad (según los historiadores, un puerto estratégico) fue echada a tierra por los bombardeos

aliados de 1943. Todavía se puede ver, sobre todo en la ciudad vieja, los vestigios de la destrucción. Palermo es también el lugar que deslumbró a Goethe, cuando llegó de Nápoles en 1787, tras una travesía marítima borrascosa. Y es el lugar que el novelista Santo Piazzese, maestro del género policíaco, se ha encargado de mapear con minuciosidad de artífice, casi cuadra a cuadra y que califica socarronamente como “nuestra felicísima ciudad de Palermo que todo lo tritura, lo absorbe, lo metaboliza” (*Asesinato en el Jardín Botánico*). Y Palermo igualmente es el rancio territorio literario del erudito príncipe de Lampedusa, autor de *El gatopardo*, paseante y lector incorregible.

En esta ciudad conviven también migrantes seguramente llegados hace pocos meses en pateras y en condiciones infrahumanas, con los descendientes de los primeros pobladores de la isla —Sicilia— y con oleadas de distraídos turistas en rebaños, que siguen a pie juntillas a guías



EL PRÍNCIPE DE LAMPEDUSA Y DUQUE DE PALMA DI MONTECHIARO
AUTOR DE UNA ÚNICA NOVELA Y OBRA IMPRESCINDIBLE: EL GATOPARDO.



UNA VISTA DE LA BIBLIOTECA DE LAMPEDUSA Y EL PALACIO LANZA TOMASI.



equipados con micrófonos, audífonos y banderines. Palermo comparte, en cualquier mañana otoñal, el bucólico declive de la Budapest imperial y fluvial con la deliciosa decadencia del México colonial, con las pretensiones del Buenos Aires patrio. Es una ciudad de fachadas rajadas y desconchadas, de parques de vegetación frondosa, de gente que saca las mesas a la calle apenas sube la temperatura, de ruido y de adrenalina. Es, creo, la menos italiana de las ciudades de Italia y, a un tiempo, la más latinoamericana, la más árabe y la más africana de todas. De la tradición europea conserva el hecho de ser una ciudad caminable y cartografiada, y el privilegio de ser una ciudad marina. Palermo es el paraíso del caminante despreocupado y explorador, del andante curioso que busca los detalles de las baldosas de los antiguos pisos o los secretos de los patios escondidos detrás de los portales. Palermo comparte con Europa la fijación de los cafés como puntos de encuentro o como oasis, como lo ha glosado George Steiner: "Europa está compuesta de cafés. Estos se extienden desde el café favorito de Pessoa en Lisboa hasta los cafés de Odessa frecuentados por los gánsteres de Isaak Bábel. Van desde los cafés de Copenhague ante los cuales pasaba Kierkegaard en sus concentrados paseos hasta los mostradores de Palermo" (*La idea de Europa*).

"En 1954, tres años antes de su muerte, señaló:
*Soy una persona muy solitaria.
De mis dieciséis horas de vigilia diaria, al menos diez transcurren en soledad.
No pretendo, sin embargo, pasarme todo ese tiempo leyendo; a veces me divierto elaborando teorías literarias...*"

FUENTE: WWW.WMAGAZIN.COM

Esta ciudad también es una geografía de vetas y de sedimentos. Acorralada por montañas y escoltada por el mar, Palermo lo ha visto todo, literalmente: la precisión arquitectónica de los griegos, el poderío militar y político romano, el refinamiento y la inventiva de los árabes, la sagacidad de los mercenarios normandos, el orgullo de los virreyes españoles, el mercantilismo de los ingleses y el desembarco estadounidense. Así, en Palermo es común la simbiosis de lo renacentista con lo recargado, la connivencia de las cúpulas y los minaretes, la complicidad de las palmeras con los magnolios.

Esa especie de sincretismo palermitano, esa conciliación que resulta en el material genético de la milenaria ciudad, se refleja perfectamente en su gastronomía y sobre todo en sus mercados. Verdes y rugosos, los pistachos de Bronte, pacientemente cultivados en las estribaciones volcánicas del Etna y base de inolvidables helados y de espesos y tupidos pestos. O una *granita* de almendras (una suerte de sorbete tradicional) en los abigarrados laberintos del mercado del Capo, que debe ser, no me cabe duda, uno de los lugares más densamente poblados y estrepitosos del mundo. En el Capo se exhiben, altivos y soberanos, carnosos tomates, fragantes cítricos, rubiáceos y espesos jugos de granada y pescados de piel metálica. Y de repente, en medio de los gritos mercantiles de los detallistas, de los empujones y del caudal humano, ruge una Vespa roja, que se abre paso, metro a metro, con cierta prepotencia, en medio de toda esa marea. Y nadie se perturba, siquiera. Y la vida de un sábado, a media mañana, sigue cam-pante.

No se queda atrás, en tonos, en olores y en experiencias, el otro mercado tradicional de la ciudad: Vucciria. "Lo mejor de Sicilia (lo dice Peter Robb) se remonta en gran parte a la época árabe, y las rebanadas fritas de harina de garbanzo probablemente existan desde el siglo IX.

Nunca he visto *panelle* fuera de Palermo, y casi nunca fuera del mercado Vucciria... Llegar al Vucciria saliendo de un callejón estrecho y sinuoso era como salir de entre bastidores al escenario en mitad de la representación".

Todo cambia, para seguir igual

El encuentro con Nicoletta, una mujer menuda y enérgica, cuyos ojos chisporrotean inteligencia y firmeza, se produce justamente en el mercado. Pero, como se trata de un lunes a primera hora, Vucciria no muestra su ebullición de costumbre. De todos modos, el menú para la clase de cocina es bastante representativo de la gastronomía de la isla: *panelle*, claro, *fusilli* con coliflor verde, piñones y grosellas; pollo orgánico con salsa de acaparras y anchoas, papas estilo *pantelleria* con hierbas del huerto del *palazzo* Lanza Tomasi. Para el postre, una especie de *mousse* de almendras, que los locales llaman *biancomangare*, o lo que las abuelas habrían conocido como manjar blanco de almendras, supongo. El almuerzo promete, porque va regado de vinos locales, un Nero d'Avola para los platos principales y un *marsala secco* a la hora del postre.

Es Nicoletta la que, hechas las compras, comanda las tropas hacia el *palazzo* a quien ella, en un inglés con muy pocas imperfecciones llama *home*, su casa. Pues bien, el *palazzo* Lanza Tomasi, que acopia el legado literario de Lampedusa, tiene vistas al mar de Palermo, contraventanas, salones amplios y soleados; fue construido en la segunda mitad del siglo XVII sobre los muros fortificados erigidos por los españoles, en vista de que la ciudad en esa época era vital en la lucha por la supremacía naval mediterránea. Tras varias ampliaciones y remodelaciones a cargo de terceras familias aristocráticas de la localidad, el *palazzo* Lanza Tomasi fue comprado en 1849 por el príncipe Giulio Fabrizio Tomasi di Lampedusa, un astrónomo *amateur*, hombre

ilustrado y modelo para el personaje principal de *El gatopardo* (don Fabrizio), una de las novelas más célebres y exquisitas del siglo XX (escrita por su bisnieto Giuseppe). En 1948, después del bombardeo aliado, Giuseppe Tomasi de Lampedusa compró parte del palacio y vivió allí hasta su muerte, en 1957. Su hijo adoptivo Gioacchino Lanza Tomasi, el marido de Nicoletta, unificó las propiedades y restauró todo con paciencia y ojo de esteta. Una cocina adaptada para el efecto es el laboratorio para las clases de cocina palermitana, que incluyen un almuerzo lento y algo grave en el comedor del *palazzo*, espacioso y luminoso también.

Aunque la excusa haya sido inicialmente gastronómica, pronto la conversación deriva hacia la literatura y, evidentemente, camino de Lampedusa. Nicoletta, quien habla a la perfección cinco idiomas incluyendo ruso, se transforma de a poco: la charla migra de Javier Marías a John Banville, de William Faulkner a Emmanuel Carrère, y pasa por Led Zeppelin y Pink Floyd. Y la conversación fluye, del mismo modo, de la cocina al comedor sin perder ritmo.

Como saben, la historia de Giuseppe Tomasi di Lampedusa y de su obra clásica, *El gatopardo*, es la crónica y la decadencia de la aristocracia siciliana —de las más excéntricas y refinadas del planeta—, la narración del trasvase de clases sociales durante la unificación italiana, a mediados del siglo XIX, y una especie de denuncia respecto del carácter de Sicilia que, en opinión de Lampedusa, se caracteriza por la indolencia frente a la historia, por la indiferencia y por la inactividad. Lampedusa, en el *sprint* final de su vida (murió de complicaciones pulmonares en 1957), se puso manos a la obra para escribir esta novela, basada fundamentalmente en recuerdos y apuntes familiares, en su ritmo (o falta de ritmo) de vida, compuesto de interminables horas de lectura, de reclusiones bibliófilas y de paseos por las calles de Palermo

EL GATOPARDO, 1963.

Es un lienzo bellissimo de Luchino Visconti, filme que muestra risas, llantos, hermosos bailes y banquetes de una clase a punto de extinguirse. Da vida al ocaso y renacimiento de la aristocracia siciliana del siglo XIX.

La belleza estética del relato cinematográfico tiene su coronación en la banda sonora, con las quince piezas de Nino Rota.

En la foto Claudia Cardinale, Luchino Visconti y Alain Delon.



y de Londres. La obra no encontró editor sino hasta la muerte del príncipe siciliano, cuando en 1958 la casa Feltrinelli, de la mano del elegante escritor y editor Giorgio Bassani, tuvo la osadía de publicarla. Su aparición no dejó a nadie indiferente, sobre todo a las vacas sagradas de las letras sicilianas, como Leonardo Sciascia, para el que *El gatopardo* no era sino una patada de ahogado de una clase hace rato caída en picada y un texto decrépito, recargado y que malinterpretaba la esencia de la cultura de Sicilia. Tomó poco, sin embargo, para que esta larga y aguda reflexión sobre la ruina y sobre la muerte, sobre el legado de la pérdida y acerca de la inevitabilidad del paso del tiempo, fuera considerada una obra maestra.

Mientras tanto, preside la mesa Gioacchino Lanza Tomasi, primo de Lampedusa, su hijo adoptivo, su albacea y conservador literario. Hombre educado y culto, eminencia en musicología, su conversación, acompañada pero al tiempo apasionada, discurre por las ramas guatemaltecas de su tupido árbol genealógico, pasa por su abuelo español académico de la lengua y deriva, por todos los ángulos y por cada esquina, en Giuseppe Tomasi di Lampedusa. Fue Gioacchino la inspiración para Tancredi, el personaje *gatopardístico* en la fastuosa película de Visconti, fue Gioacchino uno de los motores de la

escritura final de la novela y fue Gioacchino uno de los discípulos de su pariente en las célebres lecciones de literatura inglesa de los años cincuenta.

Luego de la sobremesa, el paseo incluye un lento vagabundeo por los salones del *palazzo*, por las joyas colgadas de las paredes —dibujos de Picasso y de Miró, frente a frente— una colección de abanicos del Gran Siglo, los ordenados y cuidados manuscritos de *El gatopardo*, con una letra pequeña y geométrica sobre páginas amarillas y regladas. Como por obra de algo magnético, todo converge, sin embargo, hacia la biblioteca de Lampedusa: alrededor de cuatro mil volúmenes encuadernados a la antigua (muchos de ellos blasonados), divididos geográficamente y por temas: literatura rusa, historia francesa, poesía italiana, por ejemplo. Gioacchino cuenta de la admiración de Lampedusa por Napoleón y su devoción por los moralistas franceses. Quizá de los textos pensativos y agudos de estos señores *empelucados* Lampedusa tomó la savia para su obra maestra, cadenciosa y melancólica.

Traspasadas las puertas del *palazzo* Lanza Tomasi, en la vía Butera N° 28, la tarde palermitana termina con un café pastoso y contundente en un bar de la primera esquina y con un pellizco en la mejilla, para comprobar la existencia de signos vitales. ■